

Beto

y los secretos familiares

Versión literaria de
Guadalupe Alemán Lascurain
Ilustraciones de **Enrique Torralba**



Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

Versión literaria: Guadalupe Alemán Lascurain
Ilustración: Enrique Torralba
Argumento original: Alicia Molina
Guion de la versión para televisión: Catalina López Vallejo
Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Coordinación general: Alicia Molina Argudín
Coordinación editorial: Adriana González Méndez
Cuidado editorial:
Norma Romero Ibarrola
María Cristina Vargas de la Mora
Marta Llorens Fabregat
Felipe de Jesús Ávalos Gallegos
Carlos Sánchez Gutiérrez
Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega
Formación: Karla María Estrada Hernández
Investigación de “Para que conozcas más...”:
Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: agosto de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo,
11590, México, D. F.
www.conapred.gob.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)
ISBN: 978-607-7514-92-3 (Beto y los secretos familiares)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*


Beto

y los secretos familiares

Versión literaria de **Guadalupe Alemán Lascurain**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**





The background is a textured, yellowish-orange wall. On the left, there is a doorway with a dark silhouette of a person standing inside. In the center, there is a small, arched window with a brown frame divided into four panes by a cross. The overall style is simple and illustrative.

Toño se asomó por encima del hombro de Beto y, con su típico gesto de burla, le preguntó:

—¿Otra vez dibujando marcianitos verdes?

—Para tu información, los marcianos no son verdes —contestó Beto, levantándose de golpe—. Es más, no existen. Justo ahora hay un robot explorando Marte y no ha encontrado rastros de vida.

—¡Órale! ¡Sabes un chorro del espacio!

Al llegar a este punto, Beto explicaba delante de todo el salón que los científicos buscaban bacterias en uno de los satélites de Júpiter y varias niñas —sobre todo Elda— lo miraban con cara de “oh, eres increíblemente inteligente”. Entonces Toño se ponía rojo de coraje y tenía que cerrar la boca.

Así eran las cosas una y otra vez, al menos en la imaginación de Beto. Bueno, casi siempre. Cuando se cansaba de repetir dentro de su cabeza el mismo episodio, le inventaba algunas variantes, por ejemplo:

- a) Elda hacía preguntas interesantísimas acerca del Sistema Solar y sólo Beto sabía contestarlas.
- b) El profesor anunciaba que Beto había ganado una beca de la NASA para estudiar la vida extraterrestre.
- c) Los jupiterianos que Beto solía dibujar resultaban asombrosamente parecidos a los descubiertos en el año 2054.

Eso sí, todas las escenas terminaban igual: con un Toño color rábano que acababa calladito de vergüenza por haber intentado ridiculizar a Beto, futuro gran astrobiólogo.

En la vida real, la historia había sido... (¿cómo decirlo sin destrozar las fantasías de Beto?) un poquitín diferente.

Toño sí se había acercado a ver el dibujo de Beto y a reírse de los marcianitos verdes.

Beto sí se había parado de golpe, pero no para darle a Toño una brillante respuesta acerca de alguna misión espacial, sino para irse a dibujar a un rincón en donde nadie lo molestara.

Y al final de la clase, Beto se había quedado furioso con Toño y todavía más furioso consigo mismo, por no haberse defendido a tiempo, por ser tan tímido, por ser tan... ¿qué? “Diferente”.



Ni hablar, la odiosa palabrita le quedaba como anillo al dedo. Él era distinto a los demás niños.

Un alienígena infiltrado. ¿Lograría sobrevivir entre los nativos del temible planeta Kipatla?

“Tal vez”, pensó Beto aquel lunes, “siempre y cuando nadie descubra mi verdadera identidad”.

La vida es como una montaña rusa: tiene subidas, bajadas y giros repentinos que te dejan sin aliento. A veces te hace gritar de alegría, otras veces te provoca ganas de vomitar. Lo bueno es que ciertas cosas nunca cambian. Por ejemplo, cada vez que Carolina entraba al cuarto de Beto para despertarlo, pronunciaba exactamente las mismas palabras cantaditas:

—¡Hijo, ya levántate! ¡Ándale, dormilón! Hoy será un gran día.

Ese miércoles, Beto escuchó la voz de su mamá y trató de seguir durmiendo.

“¿De veras será un gran día?”, pensó, hundiéndose en las cobijas. “Tengo mis dudas”.



Sin embargo, ya era tarde para volver a su sueño con mares de lava en galaxias distantes, así que se levantó y se armó de valor para enfrentar el Curso de Verano.

Treinta minutos después llegó a la Casa de la Cultura de Kipatla. María, Ana y Elda ya estaban en el jardín platicando con Toño y Paco. Siempre hablaban de lo mismo: de la obra que iban a montar para su Clase de Teatro, y sobre todo, del papel que le había tocado a cada quien. Nada de eso le interesaba a Beto, quien siempre acababa siendo el árbol número 2 o la roca número 9.

—Oigan, ¿de qué es la clase que sigue? —preguntó María de pronto, mirando el reloj.

—Taller de Convivencia y sucio... algo —dijo Ana.

—Taller de Convivencia y Habilidades Sociales —aclaró Paco—. Dice mi mamá que es para estudiar cómo nos comportamos las personas unas con otras.

—Pues ni que fuéramos changos —interrumpió Toño, haciéndose el chistoso.

Y claro, todos soltaron la carcajada. Beto, en cambio, se quedó dándole vueltas a lo que había dicho Paco. Era interesante eso de que los seres humanos estudiaran a los seres humanos. Imaginó a un científico asomándose al microscopio para observar a billones de personitas minúsculas, construyendo ciudades dentro de una gota de agua. Y luego se preguntó cómo sería un zoológico de personas.

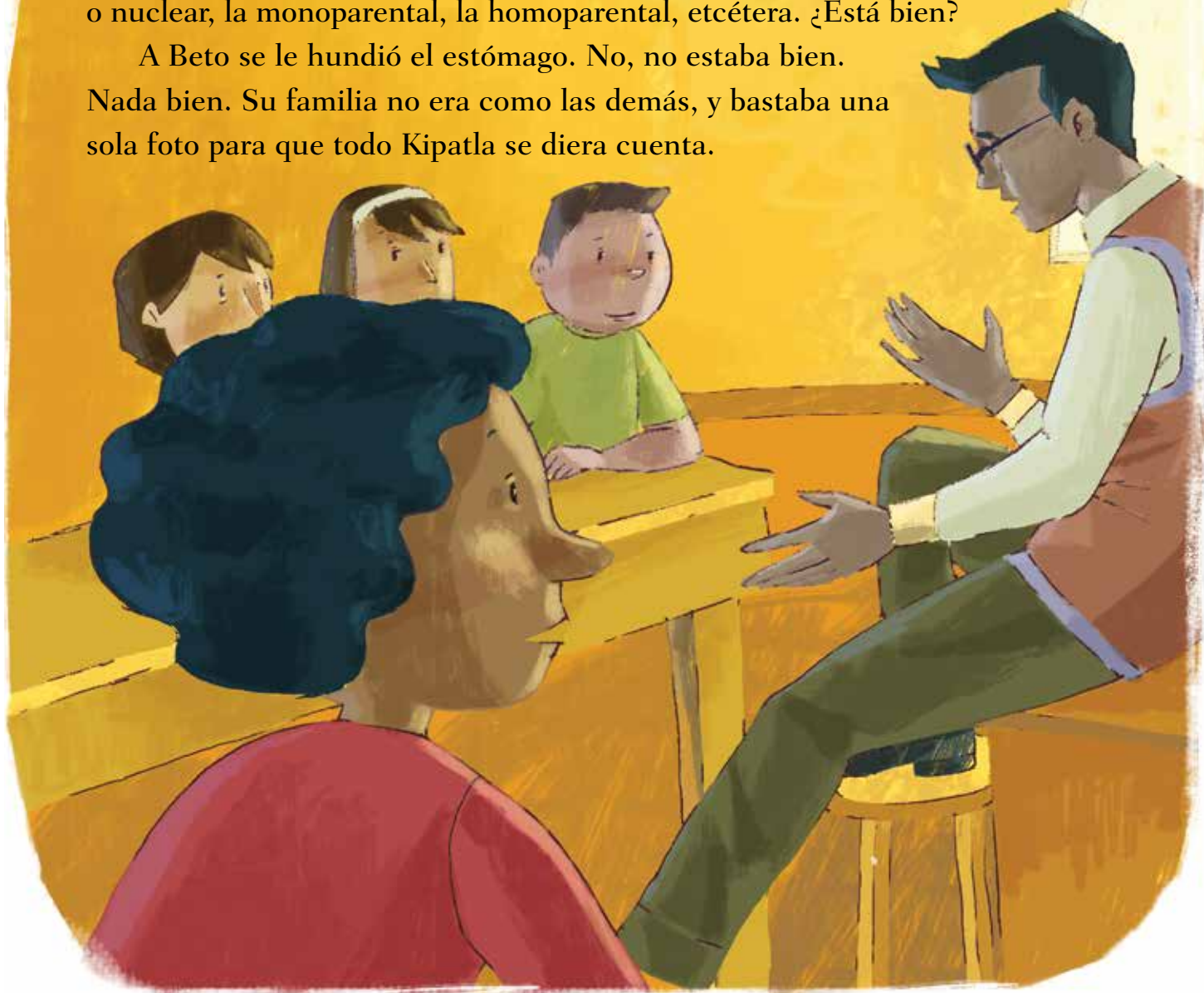
“Yo sí pondría a todos los presumidos en una jaula idéntica a la de los chimpancés”, pensó Beto. “Y en el letrero diría que, por desgracia, el *Homo presumidus* no es una especie en peligro de extinción”.

La clase la daba Ismael, un profesor nuevo que se veía muy buena onda. Lo primero que hizo fue pedir a los niños que llevaran su objeto favorito “para que

pudieran conocerse mejor”. Hasta ahí, todo en orden. Lo malo fue cuando añadió:

—Quiero que la próxima clase cada uno de ustedes traiga una foto familiar, porque vamos a hablar de los diferentes tipos de familia que existen: la tradicional o nuclear, la monoparental, la homoparental, etcétera. ¿Está bien?

A Beto se le hundió el estómago. No, no estaba bien. Nada bien. Su familia no era como las demás, y bastaba una sola foto para que todo Kipatla se diera cuenta.



Beto tenía un primito que estaba obsesionado con las pelotas, o más bien, con patear cosas mientras gritaba: ¡Gooooo! Y cada vez que se ponía a dar de patadas, algún adulto, invariablemente, comentaba: “hijo de tigre, pintito”. Lo decían porque el tío de Beto —o sea, el papá del nene goleador— había sido futbolista de segunda división.

Después de la clase del profesor Ismael, Beto caminó hasta su casa pensando en esa frase del tigre y en otras tonterías que dice la gente. Todo el mundo sabe que los tigres no son pintos, sino rayados. Y además, ¿qué tienen que ver los felinos con el fútbol?

Lo malo es que, a veces, ciertas tonterías duelen. Como la que le habían dicho a él hacía tiempo, antes de vivir en Kipatla. Beto intentó ahuyentar el horrible recuerdo, pero fue inútil. De repente ya estaba zumbándole por la memoria otra vez, en vivo y a todo color.

El horrible recuerdo iba así: Cierta mañana, cuando tenía cinco años, Beto fue con su mamá al supermercado. Le encantaba acompañarla porque era genial viajar en la parte de adelante del carrito. Además, a ella no le importaba detenerse frente a la pescadería durante horas para que Beto pudiera observar los ojos de los huachinangos y los tentáculos de los pulpos. Y justo así estaban, analizando la ex-vida marina, cuando pasó junto a ellos el señor Méndez. Beto lo había saludado muchas veces, pues era el dueño del puesto de periódicos, pero ese día el señor Méndez reaccionó como si se hubiera topado con un alienígena. Barrió a Carolina de pies a cabeza, luego clavó los ojos en Beto y preguntó:

—¿A poco éste es su hijo, señora Caro?

—Sí —contestó Carolina.

—No se parecen nada. En serio, nada de nada. Con razón me habían dicho que Betito es adoptado.

—Pues sí, es verdad. Nosotros somos una familia adoptiva.

—Ay, doña, pues qué admirable es usted. Se nota que lo quiere como si fuera su hijo.

—¡Es mi hijo! —recalcó Carolina mientras abrazaba a Beto.

—Ajá, por eso...

Al día siguiente, el retoño del señor Méndez

—un grandulón llamado Santiago—

fue a buscar a Beto al patio de la escuela, para preguntarle si le molestaba ser “recogido”.

Como Beto lo ignoró, Santiago inventó un chiste malísimo que hizo reír a todos (excepto a Beto):
Primer acto: un frijol en el arroz. Segundo acto: un frijol en el arroz. Tercer acto: un frijol en el arroz.
¿Cómo se llamó la obra?
Beto y su familia.



Pensar en Santiago hizo que Beto se pusiera de pésimo humor, así que llegó a su casa y fue a encerrarse en su cuarto. Al igual que Superman —extraterrestre y adoptado, por cierto—, él necesitaba refugiarse dentro de su Fortaleza de la Soledad para rodearse de calma, de silencio y de recuerdos felices. Por eso sacó el álbum con sus fotos de bebé. Bueno, por eso y por la mugre tarea del profe Ismael. Las fotos usualmente lo hacían sentir mejor, pero ahora...

De pronto, escuchó tres golpecitos en la puerta y el inconfundible saludo de su mamá:

—¡Hoooola! ¿Puedo pasar?

Beto gruñó una palabrota y fue a abrir. Era eso o dar explicaciones durante el resto de la tarde.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó Carolina.

—Sí —mintió Beto.

Al ver el álbum, Carolina puso esa cara que ponen las mamás cuando quieren que uno suelte la sopa. Dos minutos más tarde, Beto ya estaba contando algo que nunca antes se había atrevido a confesar.

—Ma, ¿te acuerdas del señor que nos encontramos en el supermercado donde vivíamos antes, el que no creía que yo era tu hijo?

—Sí.

—El hijo de ese señor después me molestaba en la escuela.

—¡Ay, Beto! —exclamó Carolina—. ¿Por qué no nos dijiste?

“Justo por eso”, pensó Beto, contemplando la cara de tristeza de su mamá, “porque no me gusta verte así y porque sé lo mucho que padecieron papá y tú para encontrarme”.

Obviamente no dijo nada de eso en voz alta. Las palabras que salieron de su boca fueron:

—No sé. Ya casi nos íbamos a ir de ahí.

—Nadie tiene por qué molestarte, Beto, ¡nadie! Prométeme que, si vuelve a pasar, me lo vas a decir.



—Eeeh... sí, ma —contestó Beto, no muy convencido.

Entonces, Carolina sonrió y señaló el álbum.

—¡Aaay, mira! Esta foto es preciosa. Aquí está el primer juguete que te regalamos. Y éste es el primer dibujo que le hiciste a tu papá.

Beto observó la foto. Aparecía él cuando era chiquito, en los brazos de Carolina, cargando al oso Felpas. Junto a ellos estaba Roberto, su papá, con una hoja de papel en donde aparecían tres personas verdes. De hecho sí era una linda imagen, lástima que tuviera un problema, el mismo que el resto del álbum: delataba a gritos el secreto familiar.



Cuando Carolina se fue a hacer la cena, Beto abrazó a Felpas, quien vivía sobre la cama y seguía siendo su juguete favorito.

—¿Qué rayos voy a llevar a la clase, Felpas? —preguntó.

La puerta rechinó. Beto sabía lo que eso significaba: papá había llegado, ya casi estaba lista la cena y había que cambiar la cara de funeral por la cara de “Niño 100% Feliz”. ¿Cómo lograr tal hazaña? Desesperado, volvió a mirar la foto que tanto le gustaba a Carolina, la que mostraba a Roberto con el dibujo de las personitas verdes. Las tres figuras de crayola parecían marcianos.

“Ojalá todos en la familia fuéramos alienígenas”, pensó Beto, “así nadie se daría cuenta de que no me parezco a mis papás”.

En ese segundo, tuvo una idea genial y supo cómo resolver el problema de la tarea. Sólo necesitaba astucia, un montón de tacto... y decir una mentirota de manera convincente.

Poco después, ya estaban todos sentados a la mesa. Era el momento ideal para poner en práctica su magnífico plan.

—Te quedó deliciosa la sopa, Güera —le dijo Roberto a Carolina.

Porque para Roberto y para el resto del mundo, Carolina siempre había sido “la Güera”. Los abuelos le habían puesto el apodo desde que era una bebé de rizos dorados y ojos azules.

“Con los ojos no hay remedio”, reflexionó Beto, observando a su mamá detenidamente. “En cambio, se puede hacer algo con ese cabello”.



—Andas medio distraído, hijo —comentó Roberto—. ¿Cómo te fue hoy?

—Bien, pa. Empezó un nuevo Taller de Convivencia.

—¡Qué interesante!

—Sí, y me dejaron tarea para la próxima clase —siguió Beto, preparando el terreno—. Esteee... es un poco difícil. Necesito que me ayuden.

—¡Claro! —dijo Carolina, intrigada—. ¿De qué se trata?

—Vamos a analizar cómo se verían las familias si fueran... no sé, de otra manera.

—¿Cómo que de otra manera?

—Pues sí, si fueran, por ejemplo, de una galaxia lejana. Entonces, necesito que todos nos disfrazemos de extraterrestres.

—¿En serio? —preguntó Carolina, a punto de soltar la carcajada.

—¡Ay, yo no entiendo esas tareas! —exclamó Roberto.

—No se preocupen, lo tengo todo planeado. Podemos hacernos unos trajes espaciales con papel aluminio, luego buscamos unos cascos para taparnos la cabeza (porque el oxígeno de la Tierra nos hace daño), nos ponemos botas y...

—Calma hijo, calma, espérate tantito —lo detuvo Roberto—. Ya sé que te gusta la ciencia ficción, pero todo eso suena demasiado complicado.

—Bueno —intervino Carolina, pensativa—, podríamos disfrazarnos de vampiros. Todavía están por ahí los trajes de la fiesta de hace dos años.

“¡¿Qué?!” Gritó Beto para sus adentros. “¡Ni que fuera Halloween!”

Sin embargo, algo en la mirada de sus papás le hizo comprender que más le valía no ponerse necio con los alienígenas. Si estaban dispuestos a vestirse de vampiros, tenía que tomarles la palabra, y hacerlo rápido antes de que cambiaran de opinión.

A veces hay que perder una batalla para ganar la guerra.

A la mañana siguiente, Carolina sacó de la bodega la maleta donde guardaba los disfraces de vampiro. La verdad es que estaban muy bien, tenían capa y toda la cosa.

Aunque Roberto se puso el frac a regañadientes, en cuanto se miró al espejo se entusiasmó muchísimo y empezó a practicar su risa malévola.

—Todavía te falta algo para verte idéntico a Drácula, pa —le dijo Beto.

—Muajajá, sí: ¡los colmillos!

—Y también el maquillaje. Hay que pintarnos la cara de blanco.

—No sé, hijo... ¿de veras es necesario?

“Muy necesario”, pensó Beto. “Vampiros, extraterrestres o lo que sea, el chiste es que seamos del mismo color”. Desde luego, no podía explicarle eso a su papá, así que puso cara de cachorro indefenso y suplicó:

—Ándale, porfa. Los muertos vivientes son pálidos.

—Está bien —suspiró Roberto—. Güera, ¿me ayudas?

Carolina, encantada, empezó a untar una pasta espesa y maloliente por todo el rostro de su marido. Luego pintó a Beto y, hasta el final, se maquilló ella.

—¡Creo que parecemos payasos! —declaró Carolina.

—¡Payasos del terror! —corrigió Roberto, atacando a su esposa con cosquillas.

—Y luego dicen que yo soy el de la fantasía fuera de control —comentó Beto, sonriendo—. ¡Qué familia de locos!

—Pues ya estamos, hijo. Vamos a tomarnos la foto antes de que llegue una visita inesperada. ¿Se imaginan qué susto se va a pegar la vecina si unos vampiros le abren la puerta?

Los tres muertos (pero de la risa) salieron al jardín, que era donde había buena luz. “Quizá demasiada”, pensó Beto cuando notó que los rayos del sol caían directamente sobre la cabeza de Carolina, haciendo que la Güera se viera más güera que nunca. “¡No se puso el disfraz completo!”.

—¡Mamá! —protestó Beto—. ¡La peluca!

—Sí, póntela —pidió Roberto.

—Ay, mi vida, es que pica...

Entonces Beto volvió a aplicar la mirada de cachorro indefenso, que bastó para que Carolina escondiera su largo cabello rubio debajo de una mata de pelo negro y espeso como ala de cuervo.

—Ahora sí, ¿listos? —preguntó el vampiro menor, con el dedo en el botón de la cámara.

—¡Listos! ¡Vente, hijo!

Beto corrió para acomodarse junto a sus papás antes de que la cámara tomara la foto. Rápidamente, los tres hicieron su mejor pose de monstruo y enseñaron sus colmillos sangrientos.

—¡Muaja-ja-já! —gritó Roberto.

¡Click!



Cuando Beto salió de su casa, los tres vampiros de la foto se veían originales y misteriosos, pero cuando llegó a la Casa de la Cultura de Kipatla, más bien parecían tres patéticos personajes pintarrajeados haciendo cara de bobos. ¿Cómo puede ser que unas cuantas calles transformen una idea genial en un grave error?

“Voy a quedar en ridículo”, pensó Beto. “Mejor invento que el perro se comió la tarea. Lo malo es que primero tengo que inventar al perro. ¡Ah! Si tan sólo tuviera una mascota...”.

Alcanzó a esconder la foto en el fondo de la mochila antes de que sus amigos se acercaran a saludarlo. Ni cuenta se dieron, venían platicando entre ellos acerca de la tarea.

—Me costó mucho trabajo, porque mi cámara no tenía pila —se quejó Rogelio.

—Yo estuve horas practicando mis trenzas, para salir bien peinada

—contó Ana.

—¿Y tú, Beto? —preguntó Elda—. Apuesto a que lo hiciste perfecto. Eres súper responsable.

Rayos. ¿Cómo contestar a eso? Peor aún: ¿cómo contestarle a Elda, la niña de los ojos bonitos, la que tenía un don especial para convertir el cerebro de Beto en puré de neuronas?

—Este... yo... el perro... —empezó Beto. Y de repente, quién sabe por qué, se escuchó a sí mismo decir con gran aplomo—: La foto me quedó increíble. Ya la verán, es sorpresa.

En eso llegó el profesor Ismael. Todos lo recibieron con el amable corito de “bueeeenos días”. El profe les pidió que se sentaran.

—Bien, como les dije, vamos a hablar de los diferentes tipos de familias. Si les parece, saquen sus fotos. Empieza tú, María.

María se levantó, como impulsada por un resorte, y corrió hasta el pizarrón.

—Ella es mi mamá —explicó, feliz—. Trabaja en la casa de la doctora Ibáñez, que ya es como mi familia.

Luego le tocó a Óscar. En su foto aparecía él a los tres años, soplando las velas de un pastel. A la izquierda del pastel, se asomaba Pedro, su papá, y a la derecha, Sergio, su otro papá.

—Les presento a mis dos papás —dijo Óscar, señalando la foto—. Los dos se quieren mucho y me quieren mucho a mí.

Después fue el turno de Paco. Beto apenas oyó “bla-bla-bla” y el sonido de su propio corazón, retumbando de angustia. Sólo puso un poco de atención cuando le tocó a Ana, porque ella era muy morena. Salía en la foto con su abuela. ¿Otro frijol en el arroz? No: las dos tenían la piel del mismo color. Además se notaba que Ana estaba orgullosa de sus antepasados africanos.

“Qué suerte la suya”, pensó Beto. “Ella no tiene ningún secreto que esconder”.



Al fin le tocó a Beto pasar al frente. No dijo ni una palabra, sólo levantó la foto para que todos la vieran. El grupo entero estalló en carcajadas tan estruendosas, que hasta los vidrios de las ventanas vibraron.

Beto trató de imaginar que se reían con él y no de él, pero fue imposible, sobre todo cuando en medio del escándalo se alzó la voz de Toño diciendo:

—¡Con razón! Se nota que es de Transilvania... digo, ¡de Tontilvania!

El profesor Ismael tardó un rato en callar a los niños y niñas.

—A ver, silencio por favor. No dijimos que era con disfraces, ¿verdad, Beto?
Beto tragó saliva. Tenía que decidir entre dos caminos igual de peligrosos:



- a) Hacerse el despistado y pedir perdón.
- b) Afrontar la tormenta y llevar su magnífico plan hasta sus últimas consecuencias.

Como la opción “a” implicaba darle la razón a Toño y quedar como el Conde Tóntula de Tontilvania, en realidad no era opción.

Por lo tanto, Beto contuvo los nervios y contestó:

—Es que dijo que la tomáramos con algo que significara mucho para nosotros... y en mi familia nos encantan las películas de vampiros y ponernos disfraces. Él es mi papá y ella es mi mamá. Nos queremos y divertimos mucho.

—Bueno, no es exactamente lo que pedí, pero está bien —se resignó Ismael—. Vete a sentar. ¡Ah! Pásame la foto.

Mientras Beto volvía a su lugar, Ismael pegó la foto en el pizarrón y dijo:

—Fíjense, existen diferentes tipos de familias. Una familia como la de María es monoparental, porque está solo el papá o la mamá y los hijos. Las familias como la de Óscar se llaman homoparentales: son las que tienen dos papás o dos mamás. Una familia como la de Beto se conoce como una familia tradicional: el papá, la mamá y los hijos.

“¿Tradicional?”, repitió Beto para sus adentros. “Ja... si supieran... aunque creo que ya la libré. Nunca se enterarán”.



—Pero lo importante no es eso —siguió el profesor—. Lo importante es que dentro de cada familia tiene que haber el mismo cariño y respeto entre sus integrantes. ¿De acuerdo? La próxima clase vamos a hablar de los genes. ¿A quién me parezco más? ¿A mis abuelos, a mi papá, a mi mamá...?

La palabra “genes” le cayó a Beto como una patada en el hígado. ¡Tanto trabajo que le había costado disfrazar a sus papás y ahora el metiche del profesor quería buscar en qué se parecían! Ya no podía más. Estaba agotado, listo para mandar a volar la convivencia, el curso y a todo Kipatla.

Hasta que a la salida, Toño le gritó:

—¿Qué? ¿Ya te vas a tu Baticueva a dormir de cabeza, vampirín?

Entonces, Beto recordó que ni Batman ni Superman se rinden ante el primer obstáculo.

“¡Yo también lucharé hasta el final!”, decidió, apretando los puños. “Pase lo que pase, protegeré el secreto de mi familia”.

Ese día se fue a comer a casa de su primo Jonás, el hermano del “tigre pintito”. Después del postre, él y Jonás vencieron villanos a karatazos para recuperar los territorios que habían sido invadidos por esos malvados. Lástima que en algún momento hay que apagar el videojuego y volver a la vida real.

Beto se divirtió tanto en casa de Jonás, que llegó tarde a cenar a la suya. Carolina y Roberto ya lo estaban esperando, listos para disfrutar una de sus mejores tradiciones familiares: el jueves de tamales. La cocina olía a masa calientita y, durante exactamente tres minutos, Beto empezó a creer que podía

dejar atrás la pesadilla de la foto y de los genes. ¿Por qué tres minutos?, porque al minuto cuatro, Carolina se le quedó viendo con una sonrisa picarona y comentó:

—Oye, hijo, me cayeron muy bien tus amigas. Me parecieron de lo más lindas y educadas. ¡Qué guardaditas te las tenías!

—¿Cuáles amigas? —preguntó Beto, dándole un trago a su chocolate.

—Pues María y... ¿Elda? Sí, creo que se llama Elda —aclaró Roberto—. Vinieron en la tarde preguntando por ti. Les conté que no estabas y quisieron hablar con tu mamá.

—Como les dio pena pasar, salí a verlas —dijo Carolina—. Resulta que les encantó la peluca que usé en la foto de los vampiros. Me la pidieron prestada para usarla en su obra de teatro.

Si Beto no escupió el chocolate, fue sólo porque llevaba años practicando





el difícil arte de esconder emociones, pero todas las alarmas de su cerebro se activaron y sus pensamientos empezaron a revolverse con un ritmo frenético. Más o menos así: “No puede ser, no puede ser. Si ya conocieron a mis papás, ya saben, ni modo que no hayan visto nada. A menos de que haya estado nublado o que ni se hayan fijado, aunque, ¿cómo no fijarse si es algo que se nota hasta con la luz apagada? ¿Y ahora qué? ¿Ahora qué? ¿Ahora qué?”.

Mientras tanto, en casa de la doctora Ibáñez, María y su mamá también estaban cenando.

—Ma, ¿qué crees? —dijo María—. Hoy fuimos Elda y yo a casa de Beto, porque su mamá tiene una peluca que nos va a servir perfecto para la obra de teatro.

—Qué bien. ¿Y se las prestó?

—Sí, fue muy amable. Lo que pasa es que...

—¿Qué?

—No sé, hay algo raro en esa familia. Beto es muy diferente a sus papás. Ella es muy rubia y tiene los ojos azules, y él...

—Hija, ves demasiada tele —interrumpió la señora—. Antes de que inventes una historia, te voy a explicar qué pasa, con la condición de que seas discreta. Yo le escuché decir a la doctora Ibáñez que Beto es adoptado. ¿Él no se los ha dicho?

—No, para nada.

—¡Ah, caray! Tal vez él tampoco lo sabe. Pues con más razón te pido que no cuentes lo que te acabo de decir, ¿de acuerdo?

“De acuerdo”, pensó María. “Prometo que no le diré a nadie... excepto a

Elda. Las mejores amigas nos contamos todo”.

María cumplió su promesa, sin embargo, ¿cómo podía ella saber que Elda se lo iba a platicar a su segunda mejor amiga: Aurelia, y que Aurelia se lo iba a contar a su prima Paula, justo al alcance de los oídos de Daniel, quien no podía dejar de contárselo a su mejor amigo: Toño?

Durante la noche del jueves al viernes, cientos de vampiros vegetarianos confundieron a Beto con una zanahoria y empezaron a perseguirlo. El vampiro jefe tenía la cara del profesor Ismael y usaba una peluca anaranjada.

Después de semejante pesadilla, Beto despertó casi aliviado de tener que ir al Curso de Verano. El sol brillaba, los pajaritos cantaban y, en un arranque de optimismo, llegó a la conclusión de que podía enfrentar a Elda y a María sin que le temblaran las piernas. A fin de cuentas, ¿qué tanto podían haber notado? ¡Las dos son rete despistadas!

“Además, si me preguntan, pues ya inventaré algo”, resolvió Beto. “Total, ni que fueran expertas en genética”.

Mientras se dirigía rumbo al curso, se encontró con Ana, lo cual estuvo genial, porque ayudó a que se le olvidaran los nervios. Ana se fue todo el camino contándole historias chistosas de Mongo, el pueblo en donde ella había nacido. Y así estaban, riéndose de lo más quitados de la pena, cuando llegaron a la Casa de la Cultura.

Entonces, sucedió algo extraño. Apenas pusieron un pie dentro del patio, todos los niños y niñas dejaron de hacer lo que estaban haciendo y voltearon a ver a Beto. Lo analizaron como si nunca antes lo hubieran visto; es más, lo



veían como si hubiera descendido de un platillo volador. El silencio era tan espeso que podía rebanarse con un cuchillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Beto, revisándose la ropa—. ¿Traigo algo mal puesto?

—No —contestó Ana.

Los dos siguieron caminando, temerosos. Y mientras pasaban frente a los demás, el silencio se transformó gradualmente en un rumor de voces que se hacían cada vez más claras, cada vez más altas: “No tiene papás. Dicen que lo abandonaron. Nadie lo quiso. Lo abandonaron. Sus papás no son sus papás. Con razón. Lo recogieron de un orfanatorio. Lo abandonaron. Betito el huerfanito. ¡Jajaja!”.

Y por encima de todas esas frases, que lastimaban como chicotazos, la peor de todas, la de Toño:

—Dicen que lo encontraron en la calle.

Es difícil explicar lo que sintió Beto en ese momento. Digamos que la montaña rusa de su vida llegó al borde de un abismo, y el carrito en donde viajaba se precipitó hasta el fondo en caída libre.

—¡No es cierto! —gritó, apretando los puños—. ¡No me abandonaron!
¡Ustedes no entienden nada!

Y se fue corriendo lejos de ahí, hasta



un lugar donde sabía que las palabras de sus compañeros no podían alcanzarlo.

“Ojalá los oídos pudieran cerrarse igual que los párpados”, pensó.

Sentado en una esquina de la cancha de fútbol, con los ojos llenos de lágrimas, Beto se puso a pensar en el futuro. No en el día siguiente, sino en un futuro muy lejano, uno que le permitiera mudarse hasta los confines del Sistema Solar para dejar atrás el terrible aquí y ahora, que estaba ocupado por un coro de niños burlones.

De pronto, alguien se le acercó sigilosamente por la espalda y le tocó el hombro.

—¿Beto? ¿Estás bien?

Era el profesor Ismael, la penúltima persona que Beto quería ver en ese momento (después de Toño).

—No —gruñó Beto.

—Ana me contó lo que pasó. ¿Podemos hablar?

—Dije que no. ¡Váyase! Usted tuvo la culpa. ¡Todo por su tarea de la familia!





Ismael dejó sus libros en el suelo, se sentó junto a Beto y dijo:

—Lo siento. No creí que esa tarea pudiera lastimarte. ¿Sabes qué pensé cuando vi la foto que tomaste? Que tienes una familia muy bonita. Que la relación con tu papá y tu mamá es muy divertida y que se nota que te quieren muchísimo. ¿O tú crees que todos los padres se disfrazan de vampiros para una tarea?

—Déjeme en paz —gruñó Beto, mientras se levantaba.

Sin embargo, cuando se alejaba de ahí hecho una furia, recordó a su papá con la nariz embarrada de maquillaje. También se acordó de los gestos que hacía su mamá mientras intentaba acomodarse la peluca negra, del jueves de tamales, del día en que Roberto lo llevó al Museo de Ciencias a ver un meteorito de verdad, de lo que le había dicho Carolina al señor del supermercado y de las noches en que se habían reído juntos viendo la Pantera Rosa.

¡Qué familia de locos! Sí, pero era su familia. Una pequeña sonrisa apareció en la cara de Beto. Quizá no todo estaba perdido.

Ni siquiera habían dado las once de la mañana cuando Beto regresó del Curso de Verano. Planeaba huir a la Fortaleza de la Soledad y refugiarse detrás de un altero de cómics, hasta que su mamá lo interceptó en el pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Carolina, extrañada—. ¡Es tempranísimo!

—Nada, ma. No te preocupes. Luego te cuento.

Quién sabe cómo le hacen las mamás para adivinar qué necesitan sus hijos. En lugar de someter a Beto a un interrogatorio, Carolina le dio una palmadita cariñosa en la espalda y le dijo:

—Está bien. Confío en ti. Me platicas al rato. Oye, ya que estás aquí, ¿me ayudas a revisar unas cajas? Estoy sacando cosas de cuando eras chiquito.

Beto se encogió de hombros con indiferencia y vació el contenido de una caja sobre la mesa. Cayeron varios calcetines diminutos, bloques de plástico y un libro de hule todo mordido.





—¡Uy, *Mundo de colores!* Ese libro era tu preferido. Creo que te lo leí un millón de veces.

Sí, Beto se acordaba perfecto. El amistoso arcoíris de la portada le provocó una punzada de nostalgia y deseó tener tres años otra vez. Es verdad que en aquel entonces se hacía pipí en los chones, pero al menos lo de la adopción no le importaba para nada.

—¿Qué te pasa, Beto?

—preguntó al fin Carolina.

Durante unos minutos, Beto contempló la posibilidad de inventarse un dolor de muelas. Luego le cayó el veinte de que era inútil seguir fingiendo demencia. Ahora, todo Kipatla conocía la verdad. Su secreto, el secreto de su familia, había salido a la luz. Y la luz no les cae muy

bien a los vampiros. Más valía confesar.

—Mamá —comenzó, tratando de sonar tan tranquilo como si estuviera haciendo una encuesta científica—, tengo que preguntarte algo. ¿Por qué

siempre que las personas se enteran de que soy adoptado, se burlan de mí?

—Porque... pues, tal vez no saben que lo que hace verdaderos a los papás es el amor profundo a los hijos —repuso Carolina, tan tranquila y sonriente como siempre—. Tu papá y yo te adoramos. ¿Tú nos quieres?

—Sí —dijo Beto, abrazándola.

Era cierto. También era cierto lo que solía decir la abuela: “algunos hijos nacen de la panza, otros del corazón”. Además, era una respuesta hermosa, sin embargo, por primera vez en su vida, Beto sintió que esa respuesta estaba incompleta.

—Pero mamá, si ser adoptado es tan maravilloso, ¿por qué no se lo presumimos a todo el mundo?

Algunas preguntas son como chorros de agua fría. La de Beto, por ejemplo, hizo que Carolina se quedara helada e inmóvil. Al cabo de una eternidad, empezó a hablar muy despacito:

—Beto, jamás hemos ocultado que somos una familia adoptiva. Tú lo has sabido desde siempre, ¿cierto?

—Sí, claro —contestó Beto. De hecho se sabía de memoria el relato de su adopción: Carolina y Roberto habían estado buscándolo durante años, cuando lo encontraron, tuvieron que hacer un montón de trámites, pero también sabía



que habían llorado de felicidad cuando supieron que por fin iban a ser papás... ¡Uf!, sabía hasta el tipo de pijamita que traía puesta cuando lo conocieron: color amarillo pollo con un conejo bordado.

—Además, cuando el señor Méndez nos encontró en el super, yo le dije la verdad, ¿a poco no? —siguió Carolina.

—Pues sí.

—Ahí está, ¿ves?

—¿Entonces ser adoptado no es un secreto?

—Claro que no. Uno guarda en secreto lo que le avergüenza o le parece malo. Ser tu mamá es lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Por qué querría esconderlo?

—Es que...

—Hijo, escúchame bien. Hay una diferencia entre lo secreto y lo privado. La historia de tu adopción no es secreta, sólo privada. Eso quiere decir que te pertenece a ti, a tu papá, a mí y a nadie más. Tú puedes decidir con quién compartirla. Y todas las personas, todas las familias —sean adoptivas o no— tienen historias privadas que prefieren no compartir con el resto del mundo. No porque sean “malas”, ni porque les den pena, sino porque son tuyas. ¿Entiendes?

Beto asintió. Tenía sentido. Batman no anda por ahí publicando la dirección de la Baticueva.

“Pensándolo bien, es obvio”, se dijo Beto. “Hay partes de la vida de Toño y del profe Ismael que yo no conozco. A lo mejor son cosas que los hacen más interesantes”.

Mientras le daba vueltas en la cabeza a todo eso, su “oscuro secreto” empezó a transformarse en otra cosa, en algo nuevo para Beto. ¿Era un poder?

¿Una llave capaz de abrir puertas que habían estado cerradas? Aún era pronto para saberlo. Eso sí: había dejado de dolerle.

A veces, ser valiente significa combatir las fuerzas del mal en un planeta desconocido; otras, es algo mucho más difícil, como presentarse al Taller de Convivencia después de que todos tus compañeros te hicieron sentir muy mal.

“Me vale gorro”, pensó Beto, sentándose resueltamente en su lugar. “Hoy no me molestarán”.

Toño, por supuesto, tenía sus propios planes. Cuando vio llegar a Beto, se paró junto al pizarrón y dio dos palmadas.

—¡Atención! —gritó, imitando al profe—. Y dinos, Beto, ¿qué se siente ser adoptado?

Uno que otro compañero se rió y Beto sintió que le empezaba a hervir la sangre, como al Increíble Hulk. Por suerte para él (y para Toño, que ya se estaba ganando a pulso la trompada), en ese momento llegó el profesor Ismael.

Toño regresó a su silla a toda velocidad.

—Buenos días —saludó Ismael.





—¡Buenos días! —contestaron todos.

—Siéntense, por favor. Hoy vamos a platicar de...

—Profe... —interrumpió Beto, parándose—. Quiero decir algo.

Traía un papel en la mano, lo cual preocupó muchísimo a Ismael.

—No tienes que explicar nada si no quieres, Beto. De verdad.

—Ya lo sé, profe, pero sí quiero.

Entonces levantó orgullosamente la foto en la que salía él con sus papás, el oso Felpas y el dibujo de las personitas verdes.

—Soy adoptado —empezó Beto—. Mi primera mamá, la señora que me tuvo en su panza, era muy joven para quedarse conmigo. No me abandonó. Ella hizo todo lo posible para asegurarse de que yo tuviera una buena familia. Mis papás, Roberto y Carolina, eligieron estar conmigo. Tiene mucha razón el profe: lo más importante en una familia es el cariño, y mis papás y yo nos queremos mucho.

Después señaló la foto.

—Él es mi papá y ella mi mamá. Lo más importante para ellos soy yo. Aquí salen cargándome, ¿ven? También cargamos cosas que significan mucho para nuestra familia. Este oso es el primer juguete que me regalaron y aquí está el primer dibujo que yo les hice. Soy muy afortunado por tener a mi mamá y mi papá.

—Y ellos son muy afortunados porque te tienen a ti —añadió Ismael.

Todos aplaudieron, incluso Toño, quien —además— se había puesto color rábano.

Después de la clase, las niñas rodearon a Beto y le dijeron que su exposición había estado increíble. Elda lo abrazó, y Toño y Paco se acercaron para irse juntos a jugar fútbol.

Esa tarde, durante el partido, Beto corrió más rápido que nunca, pues había desaparecido el “secreto” que solía cargar a todas partes, como un costal lleno de piedras. Así descubrió que su adopción no tenía por qué pesar tanto. Era una de las partes de su vida, nada más. Y presintió, emocionado, que lo mejor estaba por venir.



Para que CONOZCAS más...

¿Qué es la adopción?

La adopción es un acto por medio del cual personas adultas deciden convertirse en padres o madres de un niño o niña mediante un proceso legal, brindándole oportunidades de desarrollo que en otras circunstancias no hubieran tenido, tales como la opción de estudiar, el tener un mejor nivel socioeconómico y su inclusión en un núcleo familiar.

La adopción hace posible la creación de un vínculo legal y afectivo de parentesco, y genera los mismos deberes, derechos y obligaciones que existen entre padres e hijos biológicos.

El artículo 21 de la Convención sobre los Derechos de la Infancia de la ONU establece que la adopción, además de ser un derecho, es una medida de protección a la infancia que pretende ofrecer a niñas y niños una familia que les permita obtener una adecuada calidad de vida. En nuestro país, la institución encargada de la adopción es el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), la cual

reporta que en México existen 29 300 niños y niñas esperando a ser adoptados en casas hogares, orfanatos y casas cunas, y se calcula que ese número se incrementará a 32 950 para el año 2050.

¿Cómo viven la discriminación las niñas y niños adoptados?

Por su condición adoptiva, muchas personas enfrentan una serie de problemas derivados de actitudes y actos discriminatorios. Uno de los más comunes es ser objeto de bromas, insultos y agresiones –motivados por prejuicios y estigmas sobre sus rasgos físicos y su condición adoptiva–, por parte de compañeros de escuela o de juego, de personas en la calle y otros espacios, e incluso de sus propios familiares.

¿Cómo se puede apoyar a niñas y niños que han sido adoptados?

- Es muy importante crear conciencia sobre el impacto emocional que generan los ataques a las personas por ser adoptadas y no pasarlos por alto, ya que estas actitudes dañan su integridad y generan situaciones de exclusión.
- Tener una comunicación constante con los niños y niñas sobre cómo responder ante las agresiones y las actitudes de

discriminación para que tengan las herramientas para enfrentarlas.

- Darles explicaciones claras y precisas que les ayuden a entender las situaciones que condujeron a su adopción y que tienen derecho a ser protegidos y a tener una familia.
- Es necesario tener en cuenta que algunos de ellos, antes de su adopción, pudieron haber tenido una vida dolorosa y compleja, y ser sensibles ante el impacto que muchas veces les ocasiona la separación de sus padres biológicos y del espacio en que han crecido.
- Es indispensable establecer con los niños y niñas adoptados canales de comunicación y lazos afectivos que fomenten su sentimiento de seguridad y atender los problemas psicológicos que estas situaciones puedan generar.

más de tener que aprender a vivir con tu situación familiar y quizá enfrentar algunos conflictos interiores, tuvieras que soportar las burlas y agresiones de personas que no saben nada de tu vida, ni de tu familia? ¿Cómo te gustaría que te trataran?

Comparte y comenta con tu familia, tus amistades o tus compañeros y compañeras de salón las ideas que has pensado a partir de las preguntas anteriores.

Reflexiona y actúa

¿Conoces a alguna persona que sea adoptada o tú lo eres? ¿Crees que las personas adoptadas merecen maltratos o burlas? ¿Por qué?

Ponte en el lugar de un niño o niña que ha sido adoptado. ¿Cómo te haría sentir que, ade-

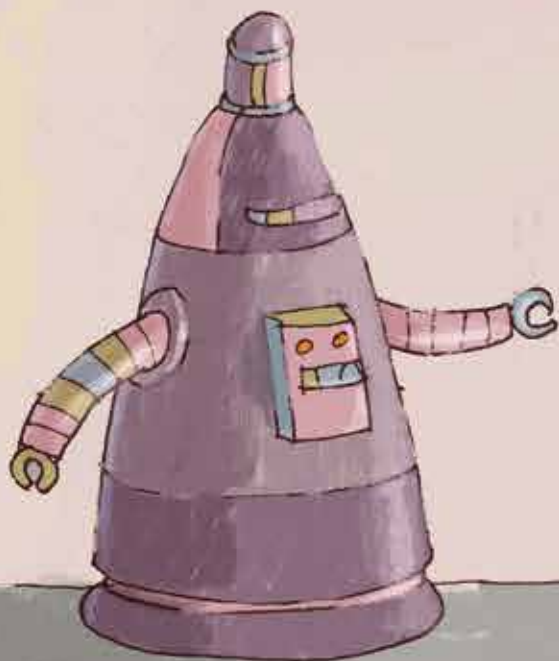
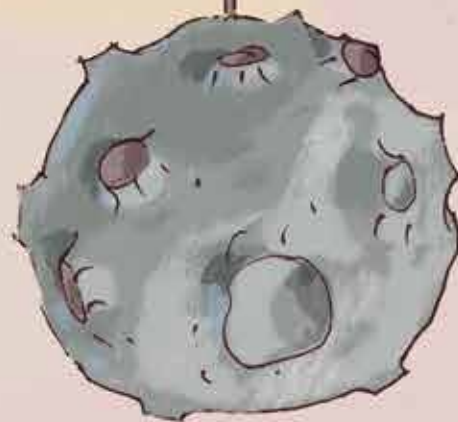
¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Beto y los secretos familiares
se terminó de imprimir en septiembre de 2014
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo 244,
col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.

Beto y su familia tienen tradiciones, por ejemplo, comer tamales los jueves y cenar juntos cuando regresa su papá del trabajo. Son muy unidos y se la pasan de maravilla, pero un día, una tarea del nuevo Taller de Convivencia del Curso de Verano los obliga a tomarse una foto vestidos de vampiros... Esa foto revelará el “oscuro secreto” de Beto y su familia. ¿Te imaginas de qué se trata?



SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta

INVASION
TRE